

5



COLECCIÓN **AQUILES NAZOA / PATACALIENTE**

LAS VISITAS DEL HADA ESCARLATA

Manuel Peña Muñoz



Fondo
Editorial
Ipsame



LAS VISITAS DEL HADA ESCARLATA

Manuel Peña Muñoz



Ilustraciones:
Douglas Muñoz

COLECCIÓN



AQUILES NAZOA / PATACALIENTE



Comandante Hugo Rafael Chávez Frías
Presidente de la República Bolivariana de Venezuela

Ing. Héctor Navarro Díaz
Ministro del Poder Popular para la Educación

JUNTA ADMINISTRADORA IPASME
Prof. Favio Manuel Quijada Saldo
Presidente

Ing. José Alberto Delgado
Vice-presidente

Prof. Pedro Miguel Sampson Williams
Secretario

Fondo Editorial IPASME
Lic. **José Gregorio Linares** / Presidente

LAS VISITAS DEL HADA ESCARLATA

Manuel Peña Muñoz

Depósito Legal: If65120098004612

ISBN: 978-980-401-019-4

Impreso en Venezuela por: P & P,
Producciones Gráficas C.A.

3.000 ejemplares
Caracas, febrero 2010

Diseño Gráfico y montaje: **Elia Gallegos S.**

Ilustraciones: **Douglas Muñoz**

Corrector: **Luis Darío Bernal Pinilla**

Coordinación de Producción: **Luis Durán**

Sede FEI: Final Calle Chile con Av. Presidente Medina,
Locales IPASME, Urb. Las Acacias, Municipio Libertador,
Distrito Capital, Caracas, Venezuela
Teléfono: 0212.633.53.30

E-mail: fondoeditorial.ipasme@yahoo.com

Página Web: <http://fondoeditorialipasme.wordpress.com>



Gobierno Bolivariano
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular
para la Educación

200 años

CAPÍTULO 1



Las tardes del puerto solían deslizarse monótonas. Tardes envueltas en una perpetua neblina, aún en días de verano. Papá trabajaba en el gran emporio, las tías se encerraban en sus cuartos a hilvanar collares con semillas de melón y con mamá nos quedábamos conversando en el mirador. Sentados al sol alrededor de una pequeña mesa, ella cosía mientras yo pintaba con acuarela un gran libro para colorear. Otras veces bajábamos al jardín a darle maíz a las gallinas o me refugiaba en mi habitación a leer revistas arriba de la cama.

Una de aquellas tardes solitarias, girando el dial en la pequeña radio de madera de mi habitación, sintonicé casualmente la Audición del Hada Escarlata que no había oído nunca. Era un programa en el cual dramatizaban cuentos y cantaban temas infantiles. El Hada Escarlata, con una voz aterciopelada, hablaba a los niños y leía cartas que llegaban pidiendo cuentos o mandando saludos a los parientes. Luego de leer las propagandas con una voz de clara dicción. Al término, decía que era capaz de sanar la tristeza y las enfermedades de cualquier índole. Con su pronunciación característica agregaba: Pon una mano en el receptor y la otra en la dolencia, y todo malestar desaparecerá. Así, los niños del puerto, creíamos en la palabra benéfica del hada y en su poder de curación.

En instantes, mamá entró a la habitación a guardar la ropa en las gavetas de la cómoda. De pronto, se quedó estática escuchando la radio y casi en un suspiro misterioso, dijo:

- Yo conozco esa voz.

Sentada en la silla con la ropa sobre las rodillas, estuvo pensando muy abstraída hasta que aquella mujer de hermosa voz terminó de relatar el cuento “La Tortilla Corredora”.

A la tarde siguiente, mamá sintonizó conmigo la Audición del Hada Escarlata y permaneció en el cuarto durante todo el programa, con la vista lejana, más allá del mar, escuchando esa voz como si aquellas historias pudieran trasladarla a un lugar muy distante. Me parecía extraño que pudiese interesarse en cuentos que hablaban de castillos remotos y de príncipes encantados.

Una tarde, el Hada Escarlata dijo que en persona se iba a presentar en el teatro de la Biblioteca Severín, un soberbio edificio frente a la plaza de la Victoria donde en otros tiempos se levantaba el Teatro de la Ópera del puerto. Era una ocasión



única. Podían acudir especialmente los niños enfermos porque el hada los iba a sanar al toque mágico de su varita de virtud. Entusiasmado, le dije a mamá que fuésemos. Así, podíamos conocer al hada maravillosa que me imaginaba rubia, alta y de ojos azules...

Aquella mañana de domingo salimos de casa muy abrigados porque todas las calles de Valparaíso estaban sumidas en esa espesa neblina de los inviernos porteños. Cuando subimos por las interminables escaleras de aquel viejo teatro, vimos a muchos niños envueltos en sus bufandas que, con sus padres, también subían esperanzados para curarse de resfríos y escarlatinas cuando apareciese el hada de los milagros.

Después de sentarnos, empezó la función al compás de una pequeña banda de música que interpretó la canción características del programa radial. Casi todos los niños coreamos aquel tema que siempre entonaba suavemente el hada por la radio y que prácticamente nos sabíamos de memoria...

Luego se abrieron las cortinas y apareció un mago que hizo varias pruebas como argollas, barajas y conejos. Después vinieron números cómicos y pequeños cuentos dramatizados por duendes.

Hasta que por fin, volvió a sonar la música características del programa y, tras los primeros acordes, se abrió una cortina de terciopelo roja al fondo de la cual apareció el Hada Escarlata con su varita en alto, bajando los peldaños de una escalinata dorada y cantando con voz potente su maravillosa canción.

Nos quedamos embelesados. Era verdaderamente un minuto mágico. Nadie se movía en aquel teatro, viendo a aquella mujer mucho más bella de cómo me la había imaginado; pelo rubio, suelto hasta la cintura y boca muy roja, sonriente y



bailando con movimientos ligeros; voz cristalina y mirada límpida. Estábamos tan hechizados con su aparición que ninguno de nosotros se ataría a seguir la letra.

Preferíamos oír aquella voz inconfundible y única: la voz del Hada Escarlata.

Cuando terminó de cantar, rompimos en aplausos y tras unas palabras de saludo, el hada bajo al público a tocar con la varita a los niños como si fuera un profeta. A cada uno le decía algo en particular y luego lo golpeaba suavemente en la cabeza con la varillita de virtud que tenía una estrella en la punta. Así, iba avanzando por las filas, hablando con los padres y los niños que le rozaban a penas el borde de su manto y se quedaba mirándola, arrobados.

- Vas a mejorarte muy pronto –les decía-. Esa tos desaparecerá.

En un momento, mire hacia mi madre. Ella no se había movido de la butaca y estaba verdaderamente aterrada, cubriéndose el rostro con las manos.

- ¡No puede ser!- exclamó-. ¡Violeta Adams!.

En esos instantes, bajo las manos del Hada Escarlata la reconoció.

- ¡No puede ser! –exclamó el hada- .

¡Mi querida amiga María!

Muy confundido, mire otra vez a mi madre. Pero ella estaba visiblemente desconcertada ya que el Hada Escarlata venía hacia nosotros. Y entonces, para sorpresa de todos, el Hada Escarlata fue directamente a abrazar a mi madre que también se levanto de su asiento.

- ¡Violeta Adams! ¡Tantos años sin verte! ¡Estás igual!



- ¡María! –exclamó el hada, besando a mi madre.

Todos nos quedamos sorprendidos al ver como mamá dialogaba con el hada. Hasta que ella misma pestañando muchas veces, aclaró:

- Queridos niños: los milagros son posibles, especialmente en el reino del Hada Escarlata. Luego, señalando a mamá con la varita mágica, agregó:

- Aquí les presento a una amiga de infancia, María Sandoval, con quien jugamos a las muñecas en el pasaje Ross en una inmensa casa asoleada. Nunca más lo volví a ver. Hasta este momento en que nos reencontramos en el reino de las fantasía, donde todo es posible, hasta volver a ser niñas...

Los padres aplaudieron. Mamá se levantó e hizo una reverencia nerviosa. Luego volvió a sentarse. Entonces el hada, mirándome profundamente a los ojos, como si escrutara algo, dijo:

- Este debe ser tu hijo ¿verdad?

Mamá asintió con una sonrisa. El Hada se inclinó para observar mejor con sus ojos de color violeta, iguales a su nombre real.

- Vas a ser niño muy especial –me dijo, tocándome la cabeza con su varillita de virtud - . Luego, algo nerviosa, dirigiéndose a mi madre, agregó es un susurro: - Bueno, María. Después nos vemos. Tengo que seguir actuando...

Y dando un pase con la varita mágica, tomo la punta de su vestido, se retiro de nuestro lado, avanzó por el pasillo y fue a tocar la cabeza de los niños que estaban sentados en la primera fila.



La función se terminó con la despendida del Hada Escarlata que hacía señas a los niños, mientras un fotógrafo la enceguecía con un relámpago de magnesio.

Se cerraron las cortinas. Los niños salieron contentos de la mano de sus padres y nosotros nos quedamos un momento más, aguardando... Pero nadie bajo por aquellas escalerillas del proscenio.

Algunas señoras se acercaron a saludar a mi madre, comentando que había sido hermoso el reencuentro. Mamá sonreía y recordaba, contando que cuando niñas jugaban al bautizo de las muñecas en el pasaje Ross y que Violeta, ya en esos años, cantaba muy bien... Había interpretado una vez una canción de Deanna Durbin¹ en inglés, en un cumpleaños... Si, ahora que lo recordaba, ya en ese tiempo su amiga tenía condiciones artísticas hermosas voz...

Cuando ya casi estaba desocupado el teatro y, en vista de que el hada no aparecería, mamá dijo:

- Espérame aquí un momento. Voy a saludar a Violeta.

Subió la escalerilla tomada del pasamanos y desapareció tras las cortinas de felpa roja. Yo me quedé aguardando en una butaca, mirando las decoraciones de la boca del escenario. Al cabo de unos instantes mamá regresó y simplemente dijo:

- El Hada Escarlata está ocupada.

Regresemos a casa. Esta tarde, vamos a tener una sorpresa.

1Nombre artístico. Edna Durban, 4 dic, 1921, Winnipeg, Canadá. Espiritual y carismática actriz y cantante que triunfó en filmes musicales a fines de los años 30 y 40.



CAPÍTULO 2



Aquella tarde, las tías no durmieron siesta. Una se fue al patio a cortar rosas para los floreros del comedor y la otra ayudó a mi madre a sacar del baúl la mantelería de las visitas. Entre todas arreglaron la mesa, poniendo las tazas de porcelana con rositas que sólo se sacaban del aparador para las ocasiones especiales. Tía Raquel bajó al Café Riquet a comprar una docena de pasteles surtidos que mamá dispuso en el centro de la mesa sobre una bandeja de plata. Tía Flor se retocaba las canas frente al espejo. Nadie decía nada acerca de la visita que llegaría, pero era fácil adivinar...

Por fin, a las cinco de la tarde, después de las campanadas del reloj de la iglesia, sonó el timbre y, tras los cristales esmerilados de la lámpara, se dibujó una sombra femenina. Mamá, con una sonrisa cómplice, me dijo:

- Sorpresa. Anda, tú, a abrir...

Mi corazón latía de felicidad. Abrí la puerta y allí estaba, frente a mí, con los brazos abiertos, ¡Era el Hada Escarlata! Mamá se acercó a saludarla con besos efusivos y la hizo pasar al saloncito del piano. Después llegaron las tías a saludar y yo ayudé a entrar aquellos bolsos enigmáticos que traía consigo.

- Se los voy a dejar en la salita del piano –le dije.

El hada se sentó en un sillón de cretona floreada y comenzó a conversar alegre con mi madre como si se hubiesen dejado de ver la tarde anterior.

Mientras tanto yo la observaba, dándome cuenta de que no era rubia ni tenía el pelo largo como lo había visto en la mañana, sino que llevaba el cabello negro recogido en un moño salpicado de hebras blancas. Tampoco usaba su largo vestido de satén rojo, sino un sencillito traje sastre azul, con una blusa blanca bordada. Me pareció más baja que durante la función de la mañana, aunque la expresión de sus ojos violeta era la misma. Y, desde luego, hablaba con aquel inconfundible y dulce tono de voz...



Con su alegre manera de hablar contó que después de la mudanza del pasaje Ross –última vez que había visto a mamá- se fueron a vivir al cerro Alegre a una mansión majestuosa con jardines que daban a la bahía. ¡Que lujo!.

- La casa era maravillosa, María, con jardines escalonados en plena calle Santa Victorina donde estaban las mejores mansiones del cerro. Lástima que no la co-

nocieras. Mi padre la cuidaba mucho porque, como trabajaba con los arquitectos italianos Barison y Schiavon que vinieron a Valparaíso después del terremoto de 1906, entendía mucho de construcciones de casas, así que estaba pendiente de cada detalle. Empapeló las habitaciones con unos papeles preciosos traídos de Europa. ¡Cuántas tertulias musicales en aquella casa, María! Mi hermano Fernando tenía una voz preciosa en esos años. Incluso actuó en los escenarios del puerto cantando las principales óperas... Rigoletto... La Bohème... Él me formó en el arte del bel canto junto a mi hermana Rebeca, que también poseía una hermosa voz, aunque yo me dediqué más a la opereta. Mi timbre de voz se ajustaba más a esos papeles. ¡Todos en Valparaíso recuerdan mi papel de condesa Stasi en El Conde de Luxemburgo...! ¡Y me hubieras visto en La Verbena de la Paloma: Dónde vas con mantón de Manilaaaaaaaaaa... dónde vas con vestido chinéeeeeeeeeee...

Mamá, las tías y yo la mirábamos sorprendidos. Todo en ella era actuación y modales desenvueltos. Por fin, después de la limonada fría y las conversaciones triunfales de la visita, mamá invitó a pasar a la mesa.

- Vamos a tomar el té, Violeta.

El Hada Escarlata lo alababa todo, diciendo que mamá se había casado muy bien a juzgar por el mobiliario y la amplitud de los salones con vista al mar. Le dedicaba palabras elogiosas a cada una de las figurillas de porcelana, adivinando la procedencia y mostrándose muy entendida en marcas famosas.

- Esta bailarina de porcelana debe ser de Nymphenburg, María. Nosotros teníamos una igual. Mi hermano Fernando la trajo de Alemania cuando hizo la gran gira por Europa... En el teatro Valparaíso donde encontró que el público había sido mal educado. Se fue a actuar a Talca y a Iquique donde encontró que no tenían un teatro apropiado y tuvo que contentarse con actuar en un horrible galpón.



¡Qué vergüenza! Cuando mi abuelo la llevó a la casa familiar la primera noche después del debut, para que conociera a sus parientes chilenos, hubo una gran recepción donde asistió toda la colonia francesa del puerto. Al final, la abuela Eglantina tocó ante la artista el tema La Muerte de la Paloma al piano. Fue maravilloso. Miren este testimonio de aquella velada...

El Hada Escarlata sacó de su cartera un recorte de la revista La Ilustración, fechado en octubre del año 1886. Lo desdobló cuidadosamente y nos mostró a su abuela Edlantina, una mujer menuda, sentada al piano con Sarah Bernhardt de pie a su lado y un señor de barba blanca abrazando a la artista. En un costado del piano, sonreía una pequeña con una muñeca de loza en los brazos. La leyenda decía: Sarah Bernhardt en Valparaíso, después de su actuación en Frou Frou en el Teatro de la Victoria del puerto junto a Michell Bernhardt, tío de la actriz y propietario del Hotel Colón donde se hospedaba la artista. Sentada al piano, su esposa Madame Eglantina Perramont de Bernhardt y la pequeña Violeta Bernhardt, hija del matrimonio y prima de la artista, en la residencia de la familia en la calle Independencia del puerto...

- Esta niña que se ve aquí es mi mamá Violeta que era prima de Sarah Bernhardt. A mi me pusieron Violeta por mi mamá, porque saqué sus ojos. Y yo creo que de la gran actriz francesa heredé mi talento dramático. ¿No creen? Y de mi mamá, claro, que además de tener bonitos ojos, era una eximia pianista. Ella se casó aquí en el puerto con José Antonio Adams, un armador de barcos, español cuyo apellido era de origen francés catalán... Yo me cambié el apellido Adams y me puse Adam. Suprimí una letra, en un afán de buscar un pseudónimo artístico... ¿No les parece que quedó bien? ¡Violeta Adam!

Tía Violeta simplemente no daba tregua a su conversación y fantasía. Podría decirse que era simpática, pero muy auto referente. Toda la conversación giraba en



torno a sí misma, la familia, los antepasados, sus apellidos y memorables actuaciones en los grandes teatros del puerto.

- Además estoy emparentada con el dueño de la fábrica de chicles Adams. Todo Chile los masca.

Tía Violeta simplemente no dejaba hablar a nadie. Jamás preguntó por la vida de mamá, por cuándo se había casado o si yo tenía hermanos. Mientras nosotros tomábamos el té, mi madre hacía vanos intentos por entrar a la conversación, hablándole de papá, pero ella seguía sacando de la cartera unas fotografías antiguas en las que figuraba hacía muchísimo tiempo vestida de reina con ropajes inverosímiles en una lejana obra de teatro. Yo observaba con mucha atención aquellas fotos en blanco y negro, y otras coloreadas... ¡en rosado! Donde aparecía actuando en operetas: La Mazurca Azul, La princesa de las Czardas.

- Aquí estoy yo, de traje largo, cantando Estrellitas, de Ponce, en el programa La Hora del Niño, que dirigía la celebridad Berta Rioja... la hija de don Fernando Rioja, el de la Quinta Rioja que era dueño de la compañía Chilena de Tabacos... Tenía una voz preciosa...

Las tías se pasaban las fotos y se lanzaban miradas silenciosas a uno y otro extremo de la mesa. Mamá también las examinaba tratando de imaginarse el destino increíble de su amiga, tan diferente a ella en gusto, costumbres y forma de vida.

- ¿Y a qué te dedicas ahora, Violeta? –pregunto mamá.

- Oh, estoy actuando en un pequeño papel en La Dama Boba, de Lope de Vega, en el Salón del Club Español de Valparaíso. Bueno, debería decir estaba, porque ya se terminó la temporada. Tuvimos mucho éxito, claro que apenas dimos cinco funciones. No fue mucho, María, pero al público de la Colonia Española le fascinó.



Lástima que no fuiste con el niño...

- No supe nada –dijo mamá.

- ¿De veras no supiste nada? Salió en todos los diarios. En La Unión nos dedicaron media página.

- Me alegro que sigas en el teatro Violeta.

- Tú no sabes, yo no quiero perder por nada del mundo el contacto con el teatro. Es vida. Por eso acepté este programa radial representando al Hada Escarlata. Tiene una enorme audiencia...

- Ya lo creo –dijo tía Raquel por decir algo.

En ese tiempo se estilaba que después de las emisiones radiales, los actores de radio teatro, famosos por sus papeles en las comedias, se presentaran en vivo en un gran teatro. Era esa la oportunidad única que tenía el público de ver en persona a los artistas que ellos habían imaginado. De esta manera y siguiendo esa costumbre, el Hada Escarlata había decidido presentarse en aquella función en la biblioteca Severín. Fue una suerte porque, de otro modo, nunca te hubieras reencontrado con tu amiga de la infancia.

- Yo no pensaba actuar, María. Créeme. Pero los niños me lo pedían en las cartas. Querían conocerme...

Mamá, completamente complacida, escuchaba aquellas historias prodigiosas de su amiga artista, tan diferentes a las existencias provincianas de las dos hermanas de mi padre, cuyas vidas planas transcurrían entre novenas y escapularios. Allí estaban ellas también, escuchando embelesadas los extravagantes episodios de la vida de tía Violeta.



- Mi vida ha sido fantástica, María, incluso canté cuplés en el teatro Pacífico. Imá-
gínate. No sé si me viste en los diarios.

- No vi nada –dijo mi madre-. ¿En qué año sería?

- No me preguntes los años yo ni siquiera sé en qué año vivimos...

Después contó que luego de las temporadas de operetas pasó a representar co-
medias de los hermanos Álvarez Quintero y todavía recordaba fragmentos de Ma-
ñanitas del Sol en la que hacía el papel de damisela.

Le gustaba tanto esa pequeña obra sevillana que incluso la grabó para la radio
haciendo ella sola los dos papeles de dama joven y de anciana, conversando
ambas en el parque de María Luisa de Sevilla. Todavía recordaba unos versos de-
dicados a ese famoso parque andaluz: Los claveles del parque de mi Sevilla se
suben ellos solos a mis mantillas.

También actuó de Mariposa Encantada. Este papel había sido el más fácil porque
tuvo que formar parte de una feria ambulante que recorría los pueblos en una
pequeña carpa donde veía la suerte vestida de mariposa. La colgaban con unos
cables de pies y manos, y así, con las alas extendidas, suspendida en el aire, pro-
fetizaba el destino de aquellas personas que entraban a esa penumbra teatral
fragante a flores e incienso.

Fue fatigoso el destino después de que murió su padre. Lo habían perdido casi
todo. Su hermana Rebeca se había radicado en Quilpué y estaba completamente
retirada de la vida artística. Y su hermano Fernando había hecho su vida en San-
tiago. Hacía muchos años que no lo veía, porque después se había radicado en
Buenos Aires, enrolando una compañía de zarzuela. Se fueron en giras presen-
tando Luisa Fernandez y El Rey que rabió.



Entonces ella se enroló a su vez en aquella feria de atracciones para recorrer los pueblos. Era un trabajo duro, pero tenía sus compensaciones porque fue allí donde conoció al Mago Dunkerke, el padre de su hija.

Tía Raquel abrió los ojos muy sorprendida y pregunto:

- ¿Tiene una hija, Violeta?

- Si. Lo que ocurre es que el mago se esfumó en una prueba de su propia magia ¡Imagínense! ¡la feria de las predicciones se deshizo! Tuve que volverme con la niña al puerto, en fin, es una larga historia...

Ya casi al anochecer, llegó papá de jugar al domino en el Club Español y mamá los presentó.

- Si, creo que me has hablado de Violeta Adams –dijo escuetamente, por que era hombre de muy pocas palabras y no demostró interés en escuchar las historias de aquella hada inverosímil, que estaba sentada a la mesa del comedor.

Tía Violeta estaba encantada de conversar con todos, pero llegó un momento en que las tías se retiraron a sus habitaciones.

- Nos sentimos muy cansadas – aseguraron - . Hemos estado trabajando mucho en el jardín.

Papá también se excusó diciendo que deseaba escuchar las noticias. ¡Las noticias! Como si fueran pocas todas las que había estado contando el hada... Así, sólo mamá y yo nos quedamos hasta cerca de la medianoche oyendo los increíbles episodios del Hada Escarlata que resultaban mucho más amenos y vívidos que cualquier programa radial. Además, ella era una artista de la radio, de modo que



esas peripecias narradas por aquella voz especial tenían aún más valor porque parecía que formaran parte de un verdadero espectáculo de narración oral escénica.

- Fue increíble María. Yo he pasado por mucho, pero el teatro tiene grandes compensaciones...

Ya exhausta, mamá dijo:

- No es por echarte, Violeta, pero ya van a ser las doce. Temo que no encuentres tranvía a estas horas.

- ¿Medianoche? –preguntó sorprendida el Hada Escarlata, abriendo mucho los ojos en una expresión intensamente teatral-. Se me va a terminar mi hechizo –dijo con una sonrisa.

- ¿Quieres que te llame a un taxi? –preguntó mamá.

- ¿Un taxi? No... En ese caso... preferiría quedarme aquí esta noche, si no te importa. No sé cómo se me pasó el tiempo hablando...

- ¿Quedarte? –preguntó mi madre, ligeramente preocupada.

- Si, lo que ocurre es que la pensión queda lejos... Está cerca de la plaza Echaurren. Ah, no te había contado que vivo en una residencia del puerto, por la calle Clave... No es un buen barrio, pero la dueña es una señora muy respetable, catalana también descendiente de la familia de Arturo Prat. Es una historia larga de contar...

Mamá estaba nerviosa con los contratiempos del hada. Por otro lado, nunca



pensó que la visita se prolongaría tanto, pero tratando de hacer más fácil la situación, le dijo a tía Violeta que la iba a alojar en la salita de costura donde había un sillón- cama que podría acomodarse para la ocasión.

- Yo me acomodo en cualquier parte María –dijo -. Por mí no te preocupes.

Tía Violeta se levantó encantada y subimos a aquel pequeño recinto que casi nunca se usaba. Mamá sacó unas sábanas de hilo inglés que guardaba en un cofre aromatizado con lavanda y armó aquella cama improvisada para que en ella durmiendo su amiga artista, cuyas historias fantásticas –según había exclamado tía Raquel en un momento- podrían llenar las páginas de un libro.

Cuando el sillón, como por arte de magia, quedó convertido en cama, le dimos un beso de buenas noches y la dejamos sola con sus bolsos y maletas. Esa noche no me pude quedar dormido, sabiendo que al otro lado de mi cuarto estaba durmiendo el Hada Escarlata...



CAPITULO 3



A la mañana siguiente, mamá estaba en el escritorio hablando en voz baja con papá en torno a la visita del hada. Papá temía que la señora Violeta- como él la llamaba- se fuera a quedar en la casa por más tiempo, ya que estaba en la salita de costura con todo su equipaje, que le habíamos subido de la sala del piano. Las tías tomaban desayuno con la mirada baja, como tratando de no inmiscuirse en la conversación o, mejor dicho, apoyando a mi padre con su silencio, ya que siempre estaban a favor suyo.

En ese momento, bajó por las escaleras el Hada Escarlata, recién duchada, con el pelo revuelto y cubierta por una larga bata de seda negra de mamá.

- Me muero por una buena taza de café, María- dijo con una alegre sonrisa, como si tuviera todo el tiempo del mundo por delante.

Papá se excusó, como siempre, diciendo que debía bajar a abrir el negocio de abarrotes que tenía en el puerto.

- Está listo el desayuno, Violeta- dijo mamá- .Si no te importa, vamos a tomarlo aquí en la cocina, ya que estamos en confianza.

- Por supuesto. Me siento como en mi propia casa- dijo alegremente el hada, sentándose a la mesa.

Mis tías se quedaron un momento más por cumplir y luego se levantaron, diciendo que tenían que salir al jardín a regar las rosas.

- ¿A esta hora? - preguntó el hada- .Nadie riega las rosas en la mañana - y luego, aspirando el aire con una bocanada, agregó: - No hay como la tarde para regar las rosas...

Pero las tías no respondieron aquel verso improvisado y salieron al jardín portando sendas regaderas. Me quedé en la cocina con mamá, acompañando al hada a tomar el desayuno. Mientras tomaba con buen apetito su taza de café, inició una serie de evocaciones de personajes antiguos, como un verdadero programa radial en vivo que se llamase Algo para recordar. Tías, madrinas de rostros empolvados, locutoras radiales de los años veinte, artistas de variedades, magos, malabaristas, condesas... duques europeos convertidos por obra y magia de la ruina en miserables porteros de hotel... A todos había conocido el hada...



Después de aquellas memorias deshilvanadas en las que se mezclaban antepasados con barrios desaparecidos, el hada sugirió a mamá que podía acomodarse muy bien en la salita de costura por unos días.

- A lo sumo dos o tres días, María...

Más no... Lógicamente yo no quiero causarles molestia alguna, pero será por poco tiempo, mientras encuentre donde vivir... Yo me acomodo en cualquier parte. Lo que pasa es que no he pagado la pensión y la señora Montserrat no me deja entrar hasta que pague.

- No estoy segura -dijo mamá- .

Tengo que consultar con Roberto.

- ¿Roberto? Oh, no va a decir nada.

Ya ves lo feliz que estaba anoche escuchándome.

- No sé, Violeta... Además, está tu hija... No pensarás traerla para acá.

- ¿Mi Hija? ¡Ah, no! Ese no es el problema - exclamó el hada- . Por ella no te preocupes. Ella está muy bien. Por ahora la tengo en Quilpue viviendo con mi hermana Rebeca. No sé si te acuerdas de ella... Una que cantaba ópera en la radio... ¿Te acuerdas de La Traviata que hicimos una vez hace tiempo en el Teatro Pompeya de Villa Alemania? No sé si nos viste, pero la Rebeca estaba insuperable en el papel de Dama de las Camalias... Claro que con mi cuñado no se llevó bien. Le pidió a mi hermano que se retirara de la vida artística. Ya no canta ni toca piano. ¡Igualmente! A mí no me puede ver, así que tampoco me es posible ir a esa casa... Ya te contaré... Es una larga historia. Te la voy a contar a la hora del té...



Mamá estaba impaciente. Quería quedarse a solas con su amiga... pero no precisamente para hilvanar recuerdos... Yo me fui a practicar El Momento Musical, de Shubert al piano y al cabo de un momento, vi salir de la cocina a tía Violeta, con un rostro extraño. Mamá subió con ella al cuartito donde había dormido. Yo también subí a ayudarla. Tía Violeta estaba empacando sus cosas. Entonces, abrió su bolso mágico y vi que allí adentro estaba su vestido rojo del Hada Escarlata.

- Este es el vestido –dijo sacándolo de allí. Por la habitación se regaron aros y zapatos de tacón-. Lástima que ya no vamos a presentarnos más, María. Parece que ya no vamos a seguir actuando en la radio y tampoco en la Biblioteca Severín. Es una pena. No sé dónde actuaremos de ahora en adelante.

Mi madre la ayudaba a cerrar sus maletas, en silencio. De pronto, mamá se acercó y le entregó un sobre en blanco.

- Toma, Violeta. Te servirá para unos días.

Tía Violeta tomó el sobre distraída y lo guardó rápido en su cartera.

- Gracias, María. Algún día te lo devolveré.

Al cabo de unos instantes, la ayudamos a bajar su equipaje. Tía Raquel y tía Flor habían terminado de regar las rosas. Tía Violeta se quedó un momento más, bajo el tragaluz, en medio de los helechos, como meditando hacia adónde iba a dirigirse. Nada. Tía Flor, que había ido a revisar la habitación del Hada, para asegurarse de que se hubiera llevado todo, bajó las escaleras:

- Señora Violeta, se le queda la peluca - en sus manos traía la peluca rubia del Hada Escarlata como si fuera una estopa de payaso...



Cerrando por fin sus bolsos y asegurándose de que no se le quedaba nada, tía Violeta se despidió de todos con una sonrisa.

- Buena suerte, Violeta –dijo mamá, dándole un beso.
- Adiós, María. Y gracias por todo. El Hada Escarlata me miró y me dio un beso.
- Se va tu tía de un día – Dijo riéndose del juego de palabras... porque era genial jugando con las palabras. Y luego se alejó con sus maletas entre la neblina otoñal de Valparaíso.

Yo subí al cuartito donde había dormido. Allí estaban las ropas de cama revueltas y un extraño perfume. «La fragancia de una hada». El sillón cama se veía desordenado. Los cojines andaban por el suelo. Me senté pensando en que allí había dormido un hada. Al sentarme noté una dureza. Metí la mano entre los pliegues del sillón y encontré un cuerpo extraño. Palpé el objetivo y lo saqué. Era la varita mágica del Hada Escarlata. Bajé corriendo las escaleras.

- ¡Mamá! ¡Mamá! Al Hada Escarlata se le quedó la varita mágica.

Mi madre se sorprendió. La tomó entre sus dedos. Se veía muy rara con esa apariencia, como si nunca hubiera portado una varita mágica. Luego se quedó un instante pensativa y dijo:

- Bueno. Algún día vendrá a buscarla.

Y la llevó en alto al comedor grande, para luego guardarla en una vitrina, detrás de las copas de la visitas...



CAPITULO 4



Pasaron más de treinta años desde entonces. Y nunca vino el hada a buscar su varita extraviada. Entretanto, en todos los lugares donde he estado, yo siempre he recordado a tía Violeta. En Madrid, en Glasgow, en Estambul, la he buscado entre rostros anónimos pero nunca he encontrado a nadie que se le parezca ni que me la recuerde. La he llevado conmigo y la he evocado a cada momento, tratando de recomponer su rostro en sueños. Y cuando he regresado al viejo puerto, he recorrido callejuelas empedradas, miradores vetustos y pasajes secretos, intentando volver a ver en una esquina, bajo un farol, al hada de mi infancia. He preguntado por ella, pero nadie ha sabido darme respuesta.

- No sé. No la conozco.

- ¿Violeta Adams? ¿Adams? Nunca oí hablar de ella.

Mi madre me ha dicho que, desde aquella vez, nunca más supo de tía Violeta.

- Quizás esté en Quilpue donde su hermana. Ella siempre se las ingenió para salir adelante.

Obsesionado con su fantasma, escribí “El niño y el viento”, sobre los poderosos recuerdos de la niñez. Y uno de aquellos capítulos recordaba las funciones de magia en el teatro de la Biblioteca Severín cuando por aquella escalinata dorada descendía el Hada Escarlata cantando su canción con un fondo de cortinas rojas...

Una tarde de niebla otoñal, de esas características del puerto, estaba visitando a mis padres en la vieja casa de la infancia, cuando sonó el teléfono. Contesté y oí al otro lado aquella voz inconfundible.

- ¿No me reconoces, querido niño?



¡No podía ser!

- ¡El Hada Escarlata! - exclamé, reconociendo su aterciopelada voz, como si me trasladase a otro tiempo.

- Si... Acabo de leer tu libro y veo que no te has olvidado de tu querida tía Violeta

- ¿Y dónde está, tía Violeta? - puse una mano tapando el teléfono para impedir que ella oyese mi voz llamando a mamá- . ¡Es el Hada Escarlata! - mamá se acercó sorprendida, intentando oír la voz de su amiga a través del auricular- . Me gustaría verla, tía Violeta.

- Aló aló... Habla más alto, por favor... No puedo oírte, mi niño... ¿Alo?. Estoy en una almacén y en este momento pasa un camión... Es que no tengo teléfono en casa... Ya te contaré. Es una larga historia...

- Hable más alto, tía Violeta...

- Y dime ¿vive aún tu mamacita?

- Dile que me morí –susurró mi madre a mi lado, negándose a hablar con su hija.

- Si, tía Violeta, está muy bien de salud, deseosa de verte y de saber de ti... Está aquí, al lado mío.

- Bien, bien... si no te importa, me gustaría mucho ir a visitarte. ¿Qué te parece esta misma tarde, como la vez anterior, a las cinco en punto?

- Está bien, tía Violeta, La estaré esperando.



Corté el teléfono, visiblemente confundido. A mi lado, mi madre miraba preocupada.

- No debiste haberla invitado.

- Era el Hada Escarlata, mamá. Viene a tomar el té a las cinco de la tarde, como aquella vez, hace treinta y cinco años.

Mi madre no lo podía creer.

- ¡Violeta Adams!

¡El Hada Escarlata, iba a regresar!

Así, resignada, siguiendo el ritual de aquel tiempo hermoso, mamá, canosa y más acabada por el tiempo transcurrido, preparó la mesa como hacía treinta y cinco años. Sacó del baúl el mantel de las grandes ocasiones, aquellas tazas de las visitas con pequeñas rosas pintadas y el galletero de plata que guardaba en la vitrina bajo llave. Cuando todo estuvo listo, nos quedamos en el hall de las plantas, aguardando que pasara la hora. Desde el comedor, el reloj marcaba las campanadas. A las cinco en punto sonó el timbre y mamá me dijo con una sonrisa cómplice como ese entonces:

- ¡Sorpresa! Anda, tú a abrir...

Avancé por el pasillo en dirección a la puerta. Allá al fondo, al trasluz de los vidrios esmerilados de la lámpara, se dibujaba la silueta de una mujer menuda. ¡Era el Hada Escarlata!. Abrí la puerta y allí estaba ella, levantando sus brazos. Nos abrazamos emocionados y así estuvimos largo rato, mirándonos. Una mujer madura y un joven escritor traspasado por su poesía. Iba maquillada, con la boca



de corazón bien roja. Llevaba unos aros pequeños y una blusa negra con un corbatín de seda verde intenso. Como aquella vez, también traía su bolso de viaje...

- ¡María! ¡Cuántos años?

El Hada Escarlata abrazó luego a mi madre, cariñosamente. También ella estaba contenta de volver a ver a su amiga de infancia, con la que bautizaban muñecas en el desaparecido pasaje Ross... Mientras se saludaban, me dedique a observarla. En realidad, no había cambiado mucho. Era la misma mujer de la primera vez. Quizás un poco más baja o tal vez era que yo había creído, pero en el fondo tenía la misma expresión vivaz en sus ojos de color violeta. ¿Qué edad tendría en esos años? Treinta y cinco tal vez. Cuarenta. En consecuencia, ahora tendría setenta y cinco. No era una edad como para andar encorvada o con apariencia de anciana. Por lo demás, las mujeres mayores hoy día son diferentes... de modo que mi querida tía de un día, había sobrevivido a mis tías de toda la vida que mirarían la escena desde otra galaxia. Allí estaba ahora, radiante, con el pelo teñido de rubio, hasta diría que más joven que en aquellos años.

- No has cambiando nada, tía Violeta.

- Es que las hadas no envejecen... - dijo con su habitual sentido del humor- . No tenemos edad...

Como en esos años, yo quise ayudarla con su perpetuo equipaje.

- Ando con este bolso -dijo- . Pero no voy a desprenderme de él...

Mamá la invitó a pasar al saloncito de las visitas a repasar recuerdos y a conversar de todo ese largo tiempo de ausencia.



Mis tías ya no estaban, empezó a contar tristeza mi madre, por ella, como si nunca las hubiera conocido –ni le interesaron nunca en lo más mínimo –comenzó a hablar de sus antepasados franceses, de sus actuaciones teatrales hace dos años y de su hija que ahora vivía en El Belloto, casada, con varios hijos... Tenía muchos nietos a los que les contaba cuentos.

- Unos de ellos es muy inteligente, María. Superdotada... ¡artista! Actuó en una obra de teatro en el colegio. Como lo aplaudieron. ¡Salió a mí! Además canta... Tienen una voz maravillosa... Está integrando el coro de Niños Cantores de Villa Alemana... Sacó la misma voz de mi padre y de mi hermano Fernando que cantaba ópera... ¡Los talentos se heredan, María!

El Hada Escarlata, como siempre, era una verdadera cascada de palabras, hilvanando un pariente con otro. Sentado en el sillón de papá, yo la dejaba hablar para escuchar en aquella penumbra su voz inconfundible, con aquel estilo tan característico y su timbre con esa manera muy propia de articular las palabras, la misma voz de sus años radiales. Se lo hice saber y muy orgullosa dijo:

- Las personas envejecemos. Pero la voz, lo que se llama voz... no cambia nunca. Es la misma siempre. Nosotros en la radio, todo lo comunicábamos a través de ella. Poníamos el alma, nuestro corazón en la voz... Los auditores imaginaban los personajes... En cambio hoy... Uf... ¡No me hablen de la televisión!

Ahora, habían pasado los años también para mí y me atrevía a intervenir en la conversación con preguntas.

- ¿Y por qué ese acento tan particular, tía Violeta?

- Es que desciendo de una familia catalana –explicó-. Aunque nací en Chile, nunca perdí el acento francés catalán que escuchaba en casa al oír hablar a mi abuela



Eglantina y a mi abuelo Michell. ¡Ah, mi abuelo Michell Bernhardt! Todavía me parece verlo con su barba blanca en el gran Hotel Colón de la calle Esmeralda que era un sitio de mucho prestigio, lleno de palmas y muebles de calidad. Yo lo alcancé a conocer ya muy anciano, pero siempre altivo. Mi abuelo fue administrador allí por muchos años. ¡Quién no lo recuerda! Tenía muy buen gusto y también condiciones para el canto. Mi hermano Fernando, mi hermana Rebeca y yo salimos artistas, igual que él y mi abuela, quien tocaba el arpa y la citara con unas uñas postizas. ¡Ah! Mi hermano Fernando fue un gran cantante y actor. ¡Quién no lo recuerda en el puerto! En el Teatro Velarde representó El Principe Estudiante... Y mi hermana Rebeca... ¡La hubieran visto en La Traviata, que representamos en el Teatro Pompeya de Villa Alemana! ¡Un teatro tan lindo, lástima que ahora esté tan decadente! La pobre Rebeca se retiró de toda la vida artística por culpa de su marido...

- ¿Y su abuela Eglantina murió en Valparaíso? –pregunté curioso.

- Sí. Nunca regresó a Barcelona. Pero recordaba siempre su vida allá, en el Teatro del Liceo y en las ramblas donde compraba rosas rojas para la casa. Una casa enorme con vista al mar, igual a la que tuvo aquí en Valparaíso.

- Eglantina... ¡qué nombre tan especial! –le dije.

- Las eglantinas son esas flores que en Chile les decimos besitos, esas rosa rosadas chiquiticas... Porque, resulta que cuando ella nació en Barcelona, su papá la fue a ver al Hospital de Cataluña y sobre el velador había un ramo de besitos... de eglantinas, que así se llaman allá. Se veía tan linda mi abuelita que su papá le dijo a su esposa: < Le vamos a poner eglantina como esas flores que están ahí en la mesita de noche>, y por eso se llamaba así... Mi abuelita siempre contaba el origen de su nombre y nunca dejó de acordarse de mi bisabuelo a quien no tuve



el gusto de conocer... Fue uno de los grandes empresarios del teatro El Liceo de Barcelona y el que introdujo en España la ópera de Wagner, un músico que no se conocía...

- El Hada Escarlata se había deslizado otra vez por el tobogán de los recuerdos, al igual que en aquellos años. En ese precipitado divagar, contó que había actuado en muchas obras en el Teatro Victoria, principalmente en operetas vienesas. Recordaba el gran final de La Viuda Alegre con el escenario lleno de canastillos de flores en medio de una escenografía divina. Todo había sido fastuoso, con un vestuario digno de Europa. También había trabajado en radio teatro junto al actor Kenito Elordi con el que representó dramas de don Jacinto Benavente como la Malquerida.

De esos tiempos inmemoriales de la radio recordaba su papel protagónico en Anna Chistie, de Eugene O`Neill; Anna Karenina, Ninotska, La Dama de las Camelias y en Reina Cristina. Ella había interpretado en la radio Cooperativa Vitalicia todos los papeles de la actriz Greta Garbo y de cada uno recitaba una frase célebre en forma dramatizada. Parecía volver a esa época o que estaba sacando a la luz aquellos recuerdos empolvados que, treinta y cinco años atrás, se le habían quedado en el tintero...

Como en aquella oportunidad, mamá seguía sin entender muy bien los mundos artísticos de tía Violeta. Los encontraba extravagantes. Pero la escuchaba en silencio con una sonrisa desaprobatoria. Por fin, como entonces, la invitó a pasar a la mesa del comedor.

- Vamos a tomar el té.

Allí, bajo la claridad lechosa del tragaluz, continuó el resto de la tarde en un monólogo sin interrupción. De aquel bolso que consigo trajo, iba sacando toda clase



de fotografías antiguas, álbumes de recortes de sus obras de teatro, abanicos viejos, programas de zarzuela y hasta un árbol genealógico que enseñó, rama por rama, hoja por hoja, para explicar sus orígenes que se remontaban a lejanas reinas españolas del reino de Cataluña.

Por fin, tomó un álbum especial. Eran recortes de sus actuaciones en las funciones del Hada Escarlata. Y en aquellas fotografías desteñidas por el tiempo, estaba ella, con su largo vestido largo, su sombrero puntiagudo y su varita en alto.

Con mi madre revisamos aquellas fotos, remontándonos a una época hermosa. Casi, casi, podíamos asegurar que aquel niño de mirada perpleja sentado en la tercera fila en el teatro de la Biblioteca Severín, era yo...

- ¿Y tu esposo, María? –preguntó el Hada Escarlata como recordando algo muy vago.

- Está en cama con gota, Violeta. Desde que se cerró el negocio no anda bien de salud. Por suerte tenemos casas de renta y con eso vivimos.

La famosa Fiambrería La Riojana que por más de medio siglo papá tuvo en el puerto había tenido que cerrar desde que se instalara al lado un gran supermercado. Papá no pudo competir y debió regresar a la casa donde comenzó su declive.

- Se deprimió mucho, Violeta. Necesitaba trabajar...

- La vida es así, María. Unas veces estás arriba y otras veces estás abajo. Unas veces te aplauden y otras veces no tienes ni público...



CAPITULO 5



Había anochecido y estoy seguro que mi madre temía que se repitiera la escena de hace muchos años y que tía Violeta decidiera quedarse con nosotros esa noche y muchas más... En varias oportunidades, incluso, le dijo que estaba preocupada por la hora y que podía ser peligroso andar tan tarde por la calle. Que los tiempos actuales eran muy distintos a los antiguos. Había muchos ladrones que podían

hacerle daño. Ya no era el mismo puerto que ellas habían conocido hace años, con tiendas elegantes y mansiones con piano. Ese puerto tranquilo en el que podían pasearse por sus calles mirando los escaparates de las tiendas más finas sin temor a ser asaltadas. Pero tía Violeta seguía indiferente a aquellos comentarios, sin preocuparse para nada de la hora. Allí continuaba sacando toda suerte de pequeños tesoros de aquel bolso mágico.

Por fin se levantó. Mi madre respiró aliviada, pensando en que ya se iba a ir, pero tía Violeta, apoyando las manos en la mesa, dijo con su inconfundible voz:

- Y ahora... ¡voy a cantar!

No lo podíamos creer. Con su voz de otro tiempo, ligeramente cascada por los años, aguda y un poco en trémolo, comenzó a cantar un tema antiguo.

Violetas para ti tengo yo

una canción

la misma que aprendí

en su antiguo pregón...

Yo no podía dejar de mirar escena tan fantasmagórica, viendo el rostro ajado de esa hada milagrosa que seguía cantando con su timbre de opereta:

Te acuerdas en Granada

al pie del Albacín

juntos en el jardín

que nos dio su ocasión...



Mi madre estaba nerviosa y, mientras tía Violeta cantaba, discretamente se puso a doblar las servilletas y a jugar con unas miguitas de pan.

Dicen que ya no habrá primavera

porque te has ido tú, violetera...

Cuando por fin terminó en una altísima nota aguda –que hizo temblar las lágrimas de la lámpara- aplaudimos.

- ¿Les gustó? Lo cantaba Luis Mariano en la película Violetas imperiales junto a Carmen Sevilla. Era una película maravillosa. En realidad todas las películas de Luis Mariano eran divinas.

¿Vieron ustedes La Bella de Cádiz? ¿No? Pero... ¡cómo han podido vivir!... Yo, sí... Me sé todas las canciones de memoria y a veces, cuando estoy sola, las canto...

Tía Violeta, de pie y como en otro planeta, amenazó con seguir cantando toda la noche. Pero mi madre, levantándose, le dijo:

- Ya es muy tarde, Violeta. Voy a acostarme.

- No hay problemas –dijo-. Yo... yo voy a seguir cantando para tu hijo que es el único que me comprende.

Después de besos de despedida, mi madre se fue a su dormitorio. Yo me quedé en el comedor con tía Violeta que, de pie, con su rostro feliz y empolvado, con la boca roja en forma de corazón, siguió cantando un largo repertorio de temas sentimentales del pasado: Oh, Rosemarie, Granada, Las tardes del Ritz, A la orilla



de un palmar, boleros de María Grever¹, habaneras y temas de comedias musicales en inglés y alemán.

Estaba dichosa. Por fin tenía un público porque hacía muchos años que había dejado de actuar.

Comenzaron a caer unos goterones sobre los vidrios del tragaluz y mirando hacia arriba, tía Violeta dijo:

- Son los pasos de los duendes. Creo que es hora de irme.

Entonces recordé. Allí, detrás de las copas de la vitrina, estaba la varita mágica que tía Violeta había dejado olvidada en el sillón hacía por lo menos treinta y cinco años... La saqué con mucho cuidado y se la extendí. Ella, tomándola en sus manos, exclamó con gran nostalgia:

- ¡Estaba aquí! ¡Y yo buscándola todos estos años! ¡Me hizo tanta falta!

Hizo con ella unos cuantos pases en el aire y luego, mirándome a los ojos con gran tristeza, me dijo con voz cascada:

- ¿Y para qué la quiero ahora? Consérvala tú, en recuerdo de tu tía Violeta.

Se puso a guardar sus álbumes en el bolso cuando, de pronto, encontró algo en el fondo.



1 María Grever (1884- 1951) Compositora mexicana de música de concierto.

- Me olvidaba de lo principal... - dijo- .

Son los años. Me hacen perder la memoria. Te traje unos regalitos como agradecimiento por haberme incluido en tu libro y por recordarme...

Con mucho cuidado, sacó unos paquetes de regalo y me los entregó.

Nervioso, los puse sobre la mesa y comencé a abrirlos. El primero era un libro: la biografía de la actriz Sarah Bernhardt de Robert Fizdale: Sarah.

- Ha sido la más grande. Nunca ha habido nadie que reemplace a la gran actriz francesa. En su último tiempo actuó siempre sentada en un tronco o recostada en un diván porque le habían amputado una pierna. Pero nunca perdió dignidad ni estilo.

- ¿Le habían cortado una pierna?

- pregunté sorprendido.

- Sí. Actuando en Pernambuco, en Brasil, en la obra Tosca, ella se suicida en el último acto, lanzándose al vacío desde el Castello de Sant` Angelo en Roma. Ella había hecho esta obra muchas veces, pero en ese teatro brasileiro, el utilero se olvidó de poner un colchón donde ella caía desde la torre de cartón de piedra. El accidente fue lamentable. Se quebró la pierna y sufrió mucho. El desenlace fue inevitable.

Pero ella seguía actuando tendida en lechos llenos de almohadones. El Público la aplaudía de pie. Y mira -dijo,abriendo las páginas y señalándome una fotografía en sepia-. Yo soy su descendiente directa en Chile. Violeta Adams Berhardt, nieta de su tío Michell que la hospedó en el Hotel Colón del puerto e hija de su prima



Violeta que era mi madre y que aparece de niña en esta fotografía que un día te enseñé, con su muñeca de loza. No lo olvides. En la fotografía se veía a la actriz francesa en un balcón del Hotel Colón del puerto junto a un señor de barba blanca que yo recordé de cuando lo había visto, hacía años en la revista

La Ilustración. Al pie de la foto decía: La gran diva Sarah Bernhardt en el vestíbulo del Hotel Colón de Valparaíso junto a su tío Michell Bernhardt.

- Era mi abuelo –señaló con el rostro iluminado por la emoción-. El esposo de mi abuela Eglantina... Yo conocí el Hotel y la casa donde vivían en El Almendral y donde recibieron a la artista. ¿Era una casa maravillosa, con escalinatas de ónix y lámparas de lágrimas! Y luego, enseñándose una cinta roja que traía el libro entre sus páginas, agregó: - ¿Ves este marcador de libros? Lo he usado siempre, a lo largo de mi vida, para señalar la página en donde quedé en la lectura. ¿No te dice nada esta cinta... ?

Tomé aquel trozo de cinta roja y la palpé con los dedos.

- No... No sé...

- Es un trozo del vestido del Hada Escarlata, el mismo que usaba en las actuaciones de la Biblioteca Severín allá por la década del cincuenta. No voy a volver a usarlo, pero esta cinta roja te va a proteger siempre y te va a acompañar mientras vivas...

- Gracias, tía Violeta – le dije emocionado palpando aquel fragmento de un vestido mágico. Luego, abrí el otro regalo. Era un frasco de colonia de lavanda.

- La lavanda es la flor de las hadas

- Dijo con una sonrisa.



- Gracias, otra vez –le dije, aspirando aquella fragancia.

- Para que nunca te olvides de tu tía Violeta.

Cautivado por aquellos regalos mágicos, le di un beso.

- Ya es hora de irme, querido sobrino. ¿Las doce de la noche! Se me termina el encanto.

Salimos a la calle. La tomé del brazo y bajamos por aquella calle Malfatti, desolada a esas horas de la noche. Por fin, llegamos a la avenida de los pitosporos que perfumaban todo el barrio con su fragancia azucarada.

Miró hacia el cielo, extendió una mano como si pidiera limosna a las estrellas y exclamó:

- Se ha ido la lluvia...

Nos quedamos un largo momento aguardando bajo un farol, hasta que vimos aparecer en lo alto del cerro el bus destartado que debía tomar tía Violeta. Venía vacío a esas horas y sólo se veían las débiles bombillas encendidas que bailoteaban en las curvas.

Ya iba llegando al paradero, cuando tía Violeta exclamó:

- Yo sabía que se me olvidaba algo...

¡Eran tres regalos! El libro... el perfume y... ¡claro! ¡Me faltaba uno!

Y abriendo la cartera, sacó un pequeño paquete.



- Toma –dijo conmovida.

Yo abrí el pequeño paquete.

- Es un cassette – exclamé sorprendido.

- Te lo grabé anoche... Es la canción del Hada Escarlata... Para que tengas grabada la voz de un hada...

Me dio un fuerte abrazo y un beso. Y subió al autobús. Era la única pasajera. Todavía de pie, me hizo señas por la ventanilla mientras el bus bajaba por la cuesta. Le devolví el saludo hasta que el autobús se perdió entre un jirón de niebla como si entrara en un sueño. Luego, regresé lentamente a casa.

Mi madre había bajado en camión a retirar los platos de la mesa. Mirándome en forma desaprobatoria me dijo:

- La Violeta sigue tan loca como siempre.

Yo no le dije nada y me fui al cuarto de mi infancia donde estaban los libros queridos y los juguetes de otro tiempo.

En una repisa se alineaba mi trompo musical de lata y un viejo carrusel desteñido por el paso de los años. En vez de la antigua radio de madera R. C. A. Víctor, en el velador había un pequeño equipo de música. Puse el cassette, me tendí en la cama y me quedé con los ojos cerrados escuchando aquella canción que no había vuelto a oír en más de treinta y cinco años...

Al día siguiente regresé a mi casa de Santiago con mi precioso cargamento: la varita mágica, el libro con la biografía de la actriz Sarah Bernhardt, la cinta del





vestido del Hada Escarlata, el perfume de lavanda (< la flor de las hadas >) y el cassette con la voz milagrosa que me devuelve siempre a la infancia.

Guardé aquellos tesoros, ceremoniosamente, en el cofre de los recuerdos hermosos y me quedé largo tiempo en la ventana.

Cualquier día veré que del cielo cae una estrella...



INDICE



CAPÍTULO 1..... 5



CAPÍTULO 2..... 11



CAPÍTULO 3..... 21



CAPÍTULO 4..... 26



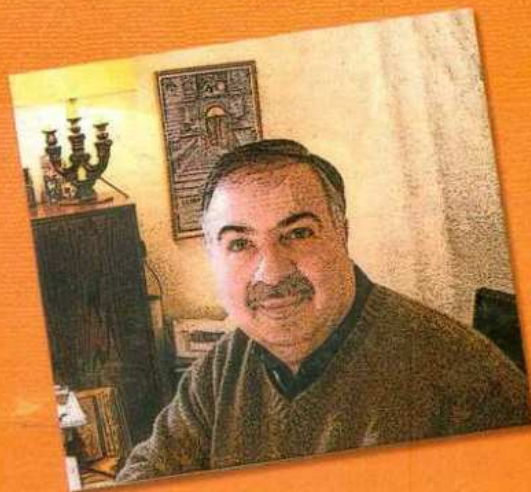
CAPÍTULO 5.....35

Fondo Editorial Ipasme

Presidente:	José Gregorio Linares.
Asesores:	Alí Ramón Rojas Olaya, Ángel González
Planificador Jefe:	Gisela Belmonte
Planificación:	Yuley Castillo
Coordinadora de Investigación:	Nelly Montero
Promoción de Lectura:	Luis Darío Bernal Pinilla, Verónica Pinto, Tania Cañas, Mervin Duarte
Publicaciones:	Luis Durán, María Carolina Varela, Saudith Felibertt, Yaneth Suarez, Odalys Marcano
IPASME Va a la Escuela:	Alexis Cárcamo
Administración:	Tibisay Rondón y Juan Carlos González Kari
Relaciones Institucionales:	Liliana Rivero
Informática:	Enderber Hernández
Asistencia a la Presidencia:	Enricelis Guerra
Relaciones Comunitarias:	Tania Cañas
Personal de Apoyo Logístico:	Yesenia Moreno, Jazmín Santamaría, Eduardo Ariza, Ronald Carmona, Víctor Manuel Guerra
Secretaria:	Gladys Basalo







"Todo el que llega a su casa se sorprende. La gente cree que va a entrar a un simple departamento ...y de repente descubre que en realidad se trata de una suerte de "cueva de Ali Babá" repleta de coloridos libros infantiles de distintas épocas y países, de todo tipo de juguetes antiguos, y de pinturas, ilustraciones originales y platos de cerámica. Al hacerle la visita al escritor Manuel Peña Muñoz, en un reciente viaje de trabajo a Chile, Cuatrogatos pudo comprobar que no había ni pizca de exageración en lo que cuentan otros amigos que han pasado antes por allí. El "museo" privado del conocido estudioso de la literatura y el folclor infantil de Chile y de Latinoamérica..."

(<http://cuatrogatos-miau.blogspot.com/2009/05/el-museo-manuel-pena-munoz.html>)

Es el mismo Manuel Peña Muñoz, quien nos entrega estas deliciosas páginas, donde todos podremos disfrutar de sus infinitos recursos creativos para llevarnos de la mano desde nuestras distintas cotidianidades, hasta dejarnos hechizados con las apariciones del Hada Escarlata.

